



EL NIÑO Y LA BOTELLA.

Nada hay como los hechos, nada como ellos capaz de probar cuán grande es á veces y cuán terrible el infortunio, el sufrimiento humano.

Y yo quiero hoy relataros un hecho, verídico historiador en este caso de suceso acaecido, en que hube, tal vez por fortuna, de intervenir hace muy pocas noches; tan pocas, que el acontecimiento, sencillo en apariencia, aunque de valor horrible, que expresaros pretendo, tuvo lugar en este mes primero del año 1876, en que ya nos encontramos, gracias al tiempo, á esa entidad poco ménos que incomprendible, que se nos manifiesta, sin embargo, claramente, en virtud de relacion clarísima, de la vida que se escapa, de la existencia que se va, de los hechos que se suceden, en serie no interrumpida, con inflexible ley.

Cosa es el tiempo, niños queridí-

simos, que comprender bien áun no podeis.

Veis ahora, en la risueña infancia, cómo pasan los dias, cómo pasan veloces: ya veréis algun dia lo que es el tiempo; el tiempo que sin cesar camina para todos, que nunca vuelve atras.

Me olvido, en tanto lo veis claramente, de contaros el suceso que ha dado lugar á estos pobres renglones que yo he querido dirigiros por si un dia escena análoga se presenta á vuestros ojos, y vuestro corazón tierno y compasivo puede en ella jugar el noble papel que siempre hace el que aquí, en la tierra, donde las lágrimas, el sufrimiento y el trabajo son el patrimonio del mayor número, consuela al desvalido, alivia al desgraciado, mitiga, bajo cualquier concepto, el mal del prójimo, del prójimo que sufre, que debe ser sin duda dos ve-

ces prójimo para todo corazón generoso, para toda alma elevada, para cualquier ser sensible.

Era, pues, una de estas últimas noches de Enero, de esas terribles noches en que el frío era espantoso, en que el viento que del Norte soplaba parecía helar nuestros miembros, imposibilitar todo movimiento; yo me preparaba á salir de mi casa, niños queridos, pero yo llevaba buena capa que abrigarme pudiera, que resguardara mi rostro del azote del viento glacial que se sentía. Yo iba á salir, sí, cuando la campanilla de mi puerta sonó, agitada con escaso, con débil brío; parecía como que faltaban las fuerzas al que á mi domicilio acudía. Yo abrí, yo mismo, quedando altamente sorprendido ante un niño que se presentó delante de mi vista, con una botella en la mano.

Situado mi domicilio en piso principal de la casa que habito en parte, no me fué fácil comprender lo que aquel pobre niño, cuyas carnes aparecían contraídas entre los jirones de sus vestidos, cuyos piés pisaban con trabajo las frías losas de mármol, no me fué posible comprender lo que decía con débil acento, con voz entrecortada, apenas perceptible.

Y el pobre desvalido manifestaba en alto la botella, que, según luego vi, era una de las que aquí, en esta tierra de Andalucía, se usan comúnmente, fabricadas de vidrio verde, casi negruzco.

Poco ménos que imposible era comprender la causa que á mi puerta traía á aquel niño infeliz; por eso

yo bajé; y entonces solamente pude saber cuál era su pretensión, cuál el motivo por el que ante mí lo tenía con aquella botella, símbolo al parecer del deseo que expresarme quería.

Podeis comprender que la hora de la noche en que tal aconteció no era la más á propósito para llegar á pedir una limosna, y que llamó vivamente mi atención aquel suceso.

¿Qué quería, pues, aquel niño?

Lo pude bien pronto saber: quería vender aquella botella.

Fácilmente admitiréis lo singular del caso: la hora, el hecho, todo tenía algo de misterioso.

Porque misterio grande encerraba aquel niño que tenía hambre, el hambre de un día de completo ayuno; que tenía frío, el frío que podía producir una glacial temperatura en sus delicados miembros sólo por unos jirones mal cubiertos; que no pedía pan, teniendo necesidad tan grande; que no pedía abrigo, cuando sus rodillas se encontraban á cada momento agitadas por el temblor que el frío producía en aquellos miembros vacilantes; que sólo quería vender una botella, cuyo valor escasamente á un real llegaría.

¿Qué era aquello?

Yo interrogué á aquel angelito, que con sus rubios cabellos, su blanco rostro, cara angelical, se me presentaba: yo le interrogué, yo quise saber por qué aquella botella vendía, por qué empeño tan grande en vender cosa tan baladí él sustentaba.

Y el niño, cuyos dientes rechina-
ban al impulso del frío, cuyas fuer-

zas desfallecían ante el rigor del hambre, me dijo que aquel día él, su madre, sus dos hermanitos, aún más pequeños, no habían comido nada, porque en todo él, en la noche anterior, el pobrecillo no había podido recoger limosna alguna.

Y cuando el sol se ocultó por el ocaso, y la noche cubrió con su negro manto á la tierra en la parte por nosotros habitada, los pequeñuelos lloraban de hambre, tiritaban de frío, y la pobre madre no tenía pan que llevarán á su boca, fuego que les diera vigor y energía, luz siquiera que en su alma produjera el grato placer que siempre causa el abandono de las tinieblas.

¡Pobrecillos!

Hacía bastante tiempo que su padre había muerto, que ya no tenían quien les buscara el preciso sustento; había mucho tiempo que sufrían privaciones, que el hambre se les presentaba diariamente.

Y aquel día, cuando nada tuvieron, cuando no encontró el niño quien le diera una humilde limosna, la madre buscó en vano algo que pudiera ser vendido, dando así algo con que comprar pan á sus hijos.

No tenían nada: todo lo habían enajenado ya, hasta las mantas que les abrigáran cuando el sueño venía á ser alivio grande de sufrimiento tanto.

Cuando la esperanza desaparecía por completo, los ojos de la madre se fijaron en una botella: era lo único que podía ser vendido, lo único que ya les restaba por vender.

Entonces salió al anochecer el niño á ver si alguien quería darle en pago de aquella su esperanza algún dinero con que comprar un pan, y había ya largo tiempo que andaba errante sin que hubiera encontrado comprador para su triste mercancía.

Llegó á mí entonces; contóme el hecho; narróme su amargura; el pobre infeliz había ya perdido su esperanza de vender la botella, su esperanza de comer el bocado de pan que pudiera proporcionarle.

¡Ah! niños queridos, cuando yo supe todo esto, el infeliz infante lloraba amargamente y me pedía pan.

Aquella desgracia infundió en mi alma sentimiento tan grande, que yo también sentí que las lágrimas bañaban mi rostro, brotando abundantes de mis ojos: vosotros podréis tal vez comprender cuán grande era aquel infortunio que se presentaba á mí, que sólo en frágil botella, de inapreciable valor, fundaba ya el alivio del momento. Vosotros teneis mesa abundante; tal vez suntuosa cama; aquel niño no tenía más que una botella para comer él y su madre y sus pequeños hermanos aquella noche.

¿Lo comprendéis?

Sí, seguramente; sería ofenderos el no suponer ya en vosotros el ardiente deseo de haber aliviado desgracia tan grande, miseria tan horrible.

¿Y quién sabe si aquella botella había sido emblema de goces y alegrías?

Tal vez algún día el padre de aquel niño hubo de traerla á su casa, llena

de vino, cuando su trabajo producía el bienestar de la familia. Tal vez con ella se había celebrado el nacimiento del niño, viniendo á ser luégo frágil esperanza en su desgracia horrible.

¡Terrible situacion!

Yo pensaba tristemente en aquella madre, que rodeada de sus dos pequeños hijos, esperaba envuelta en las tinieblas el ansiado retorno del hijo hambriento que había ido á buscar por toda comida un pedazo de pan que encontrar no podía; yo me pintaba la angustia de aquella infeliz, desgraciada mujer, si su tierno hijo volvía con la botella, con el hambre por sola compañera, con la desesperacion por único consuelo. Y entónces bajé los ojos, y vi al niño que esperaba, fija en mí su vista; que esperaba una respuesta á su peticion, que me repetía si quería comprarle la botella.

No era, no, posible titubear; no podía prolongar por más tiempo aquel martirio, aquella esperanza que parecía pintarse en el rostro mo-

rado por el frio del pobrecito niño.

Y llevé mi mano al bolsillo, tomé una moneda de plata, depositándola en la temblorosa manecita del mendigo, que, admirado, me presentaba con la otra la botella.

—No la quiero, hijo mio, díjele yo: lleva esa prenda á tu madre, y con ella la moneda que te doy; ella podrá aliviar esta noche su desgracia, miéntas que por tí vela la misericordia de Dios.

El niño estaba atónito: despues de un dia en que no había recogido limosna alguna, encontraba quien se la diera y rehusára su pobre mercancía. Salió, empero, de su asombro, y bendiciendo mi nombre, voló á encontrar á su madre, á llevarla el consuelo: bajo su brazo estrechaba con fuerza la botella negra, la última esperanza de aquel dia.

—Así, al ménos, dije yo, tal vez pueda alimentar mañana una esperanza más.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa María, Enero 24 de 1876.



CAPUZ.

EL SOLDADO DE PLOMO.

CUENTO DE ANDERSEEN.

Habia una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, porque todos eran hijos de una vieja cuchara de plomo. ¡Qué soberbia presencia tenían con el arma al brazo, la mirada fija y el uniforme blanco y encarnado!

La primera palabra que habían oído en este mundo, cuando destaparon la caja que los contenía, fué ésta: «¡soldados de plomo!» que acababa de pronunciar un niño batiendo palmas. Le habían sido regalados el día de su santo y se entretenía en formarlos en fila sobre la mesa.

Todos los soldados eran exactamente iguales, á excepcion de uno que solo tenía una pierna. Era el último que habían echado en el molde, y no hubo plomo bastante para hacerlo completo. Sin embargo, manteníase sobre su única pierna con tanta firmeza como los otros sobre las dos. A este soldado es precisamente á quien nos importa conocer.

Sobre la mesa donde estaba formada la tropa habia otros muchos juguetes; pero lo más curioso de todo era un bonito castillo de papel. A través de sus ventanitas se podían ver sus salones. En la parte exterior elevábanse algunos árboles, rodeando á un pedacito de espejo que hacía

las veces de lago en el cual nadaban y se reflejaban varios cisnes de cera.

Todo esto era muy bonito; pero habia otra cosa más bonita aún, y era una señorita que estaba de pié á la puerta del castillo. Tambien era de papel la señorita, pero llevaba un jubon de tela trasparente y muy ligera, y sobre los hombros, á guisa de banda, una cintita azul que bajaba hasta su cintura. La señorita tenía los brazos extendidos, porque era bailarina, y levantaba una pierna tan alta, que el soldado de plomo, no pudiendo descubrirla, llegó á pensar que la señorita era coja como él.

—Hé aquí una mujer que me con- vendria, se dijo: pero es demasiado gran señora. Ella vive en un castillo, miéntras que yo vivo en una caja en compañía de veinticuatro compañeros, y no tendria donde ponerla. Sin embargo, yo he de hacer conocimiento con ella.

Y al decir esto se ocultó detrás de una tabaquera. Allí podia contemplar á su satisfaccion á la elegante señorita, que se mantenía siempre sobre una pierna sin perder el equilibrio.

Llegada la noche, todos los otros soldados fueron encerrados en su caja, y la gente de la casa se marchó

á dormir. Entónces los objéto que habia sobre la mesa empezaron á girar solos. Los soldados de plomo hubieran querido tomar parte en el jolgorio; pero, ¿cómo levantar la tapa de la caja? Un rompe nueces saltaba, un lápiz trazaba mil líneas extrañas sobre la mesa. El estrépito llegó á tal extremo, que se despertó el canario y empezó á cantar. Los únicos que no se movian, eran el soldado de plomo y la bailarina. Ella, siempre sobre la punta del pié y con los brazos extendidos; él, intrépidamente apoyado en su única pierna y sin dejar de mirar á la jóven.

Dieron las doce de la noche y ¡crac! la tapa de la tabaquera salta, pero en vez de tabaco descubre á un duendecito negro. Era un juguete de sorpresa

—Soldado de plomo, dijo el duende, á ver si echas tus miradas por otro lado.

Pero el soldado hizo que no lo oia.

—Deja que llegue mañana, y ya verás, repuso el duende.

Al dia siguiente, cuando los niños se levantaron, pusieron al soldado de plomo sobre la ventana; más, de repente, empujado por el duende ó por el viento, se cae de cabeza á la calle. ¿Qué caída tan tremenda! Vióse con la pierna en el aire, su cuerpo descansando sobre su chacó, y la bayoneta clavada entre dos piedras.

La criada y el niño más pequeño bajaron á buscarle; pero aunque en nada estuvo que le reventáran de un pisoton, no le vieron. Si el soldado hubiese dicho: «¡Eh!, cuidado, que

estoy aquí», le habrían descubierto; pero él creyó que esto sería deshonar el uniforme.

Comenzó á llover, las gotas fueron sucediéndose cada vez más rápidamente y sobrevino un verdadero diluvio. Cuando hubo escampado, dos pilluelos pasaron por allí.

—¡Eh! ¡eh! dijo uno: vén, mira qué soldado. ¿Vamos á hacerle navegar?

Hicieron un barco con un periódico viejo, pusieron el soldado dentro y lo echaron al arroyo. La corriente era rápida; los dos pilluelos le seguian corriendo y tocando las palmas. ¡Qué oleaje, Dios mio, en aquel mar! El barco de papel se agitaba en todas direcciones; pero, á pesar de sus brascas sacudidas, el soldado de plomo permanecia impasible; con la mirada fija y el arma al brazo.

—¿Adónde voy?—pensaba nuestro navegante. —Sí, sí, el duende es quien me juega esta mala pasada. Sin embargo, si la señorita estuviese en el barco conmigo, no me disgustaria la oscuridad, aunque fuese dos veces mayor.

Muy pronto apareció una rata de agua; era un habitante del canal.

—El pasaporte, dijo, venga el pasaporte.

El soldado de plomo guardó silencio y aprestó su fusil. El barco siguió su camino, y la rata detras enseñando los dientes y gritando:

—Detenedle, detenedle, que no ha pagado el derecho de pasaje ni ha presentado el pasaporte.

Pero la corriente crecia por mo-

mentos ; el soldado distinguia ya la luz, pero al mismo tiempo oia un ruido capaz de hacer temblar al hombre más intrépido. Al extremo del canal habia un salto de agua tan peligroso para nuestro soldado como lo sería para nosotros una catarata, y estaba tan cerca, que era ya imposible retroceder.

El barco se lanzó el precipicio; el pobre soldado se mantenía tieso y firme, y nadie hubiera podido decir que pestañeaba siquiera. Después de dar muchas vueltas sobre sí mismo, el barco se habia llenado de agua y amenazaba sumergirse. El agua llegaba al cuello á nuestro soldado; el buque se hundía más cada vez.

En esto el papel se despliega y el agua cubre la cabeza del navegante, que piensa en la hermosa bailarina á quien ya no espera ver más.

El papel se rompe y el soldado cae; pero en el mismo instante es devorado por un pez.

¡Entonces sí que estaba oscuro! ¡Aquello era peor que el canal! ¡Y qué apretura! Pero siempre intrépido, el soldado de plomo se tendió cuan largo era, con su arma al brazo.

El pez se movía en todos sentidos y daba terribles sacudidas; por fin se quedó quieto y pareció que le atravesaba un relámpago. Lució el día, y una voz gritó: «¡Un soldado de plomo!» El pez habia sido cogido, expuesto en el mercado, vendido y llevado á la cocina, donde la cocinera lo habia abierto con un gran cuchillo. Después lo cogió con dos

dedos por medio del cuerpo y lo llevó á la sala, donde todo el mundo quiso contemplar á aquel hombre notable que habia viajado en el vientre de un pez.

Sin embargo, el soldado no estaba orgulloso. Se le puso sobre la mesa, y allí—¡qué cosas tan raras se ven en el mundo!—se encontró en la misma habitacion de la cual habia sido arrojado por la ventana. Reconoció los niños y los juguetes que estaban sobre la mesa, el bonito castillo y la hermosa bailarina, siempre con su pierna en el aire.

El soldado de plomo se conmovió tanto, que hubiese querido llorar plomo; pero esto no hubiera estado bien. Miró á la bailarina, la bailarina le miró á él, pero no se dirigieron ni una palabra.

De improviso, uno de los niños le cogió y le echó al fuego sin el menor motivo, impulsado sin duda por el duende de la tabaquera.

El soldado de plomo estaba de pié, iluminado por un resplandor vivísimo y sintiendo un calor insoportable. Todos sus colores habian desaparecido, sin que nadie pudiera decir si esto era consecuencia de sus viajes ó de sus penas.

Seguia mirando á la bailarina, y la bailarina le miraba tambien. Él se derretía; pero siempre valeroso, conservaba su arma al brazo. En esto se abre la puerta, y el viento arrebató á la bailarina, que, semejante á una sílfide, vuela hácia la chimenea, cerca del sitio que ocupaba el soldado, y desaparece entre las llamas. El

soldado de plomo se habia convertido en una pequeña masa.

Al dia siguiente, cuando la criada entró á recoger las cenizas, encontró

un objeto que parecia un pequeño corazon de plomo. De la bailarina sólo quedaba una pajita ennegrecida por el fuego.

ESCENAS INFANTILES.



¡ Bonito vicio tiene este muchacho! Es decir, tiene más de un vicio, porque él es curioso, goloso, atrevido y desobediente. Lo que está haciendo, subido en el aparador, demuestra claramente que el chico tiene las mejores disposiciones para ser odioso y antipático. Os ruego, queridos niños, que, aunque tengais muchas ganas de hacer en alguna ocasion algo semejante á lo que hace ese niño, domineis la tentacion, comprendiendo lo feo de una accion que supone osadía, falta de respeto, desobediencia, gula y aficion á lo ajeno, porque no es de los niños lo que hay en la casa, sino de sus padres, y aquéllos no lo deben tomar hasta que éstos quieran que lo tomen.



GUERRA CIVIL.

Antonio era un muchacho de diez y ocho años, habitante en union de su abuela, á quien mantenía con su trabajo y de un hermanito de corta



edad, en un caserío de las provincias en que aún dura la fratricida lucha de españoles contra españoles. La cariñosa abuela veíale desarrollarse con temor y sobresalto, porque no se le ocultaba que el bando rebelde iba careciendo de brazos y que llegaría un momento en que su nieto sería llamado á las armas, no en de-

fensa de la patria, sino para favorecer las pretensiones del caudillo de la rebelion. Durante tres años, la guerra habia ido consumiendo estérilmente la juventud del país; pero si al empezar aquélla Antonio era un niño, hace pocos meses podia considerarse como un hombre.

Y los temores de la abuela se rea-

lizaron. Un dia recibió el aviso de que Antonio debía presentarse en el cercano pueblo, y ocultando á su nieto lo ocurrido, siguió sufriendo en silencio; pero sin cumplir el mandato del feroz cabecilla, que era el terror de todas las cercanías. Un segundo aviso, más apremiante y enérgico que el primero tuvo el mismo resultado; y pasado algun tiempo, cuando la infeliz suponía que el bando rebelde se habria olvidado de su nieto, una mañana sintió que Antonio salía de la casa más temprano que de costumbre, y cuando llegó á la puerta le vió alejarse, llevando una cesta con varias cortas provisiones, pero no los ordinarios instrumentos de labranza.

Antonio, volviendo la cabeza por las voces de la anciana, la saludó alegremente desde lejos, fingiendo un contento que no sentía, y al grito de «¡Hasta luego!» prosiguió su marcha, sin querer mirar nuevamente la casa en que habia nacido, á cuya puerta parecian clavados la cariñosa abuela y su tierno hermanito, que constituian todas sus afecciones en el mundo.

Y es que Antonio habia recibido directamente otro aviso que no le permitia vacilar respecto á su resolución. En él se le advertía que acudiría al *tercer* llamamiento, amenazándole, en caso contrario, con ir á buscarle á viva fuerza y azotar á su abuela, causa indudable de su desobediencia. Antonio conocia bien la crueldad del hombre que le escribía, no ignoraba que era capaz de reali-

zar sus amenazas, y marchó á cumplir su suerte, abrigando acaso la esperanza de que en un breve plazo terminarian sus sufrimientos y cumplido su compromiso podría volver á los brazos de su abuelita y de su hermano, á quienes la caridad de los vecinos no olvidaria mientras tanto.

Pero la guerra dura: Antonio, imposibilitado de sustraerse de sus verdugos, ha cumplido valerosamente su triste mision, sin recibir una herida del plomo contrario; pero llevándola abierta siempre en el corazón, y sintiéndose arder en ira cada vez que en los actos militares se oye calificar de *voluntario*.

Respecto al final de la historia, aún no puedo referirlo, y bien sabe Dios que me pesa. Sin embargo, puedo adelantar desde luego algunos tristes pormenores.

Cuando apiadado el cielo nos devuelva la ansiada paz, Antonio, si sale ileso de la campaña, volverá á su hogar abandonado; pero lo encontrará frio y solo. Su anciana abuela no volverá á estrecharle entre sus brazos, porque los pesares fueron más poderosos que su resignacion y le causaron la muerte. Respecto á su hermanito, que alegremente juguetaba durante todo el dia por el campo, vive aún; pero vive gracias á la beneficencia oficial, acogido en un asilo, cuyas condiciones anti-higiénicas y régimen severo han destruido su alegría y su salud.

¡Tristes consecuencias de la guerra civil!

EL MÁRMOL.

Los mármoles son carbonatos calcáreos de estructura compacta, susceptible de pulimento. Sus principales caracteres distintivos consisten en dejarse rayar por el hierro, no producir chispas con el eslabon y hacer efervescencia con los ácidos; pueden estar más ó ménos puros ó combinados con materias heterogéneas. Se encuentran en todos los terrenos en que abundan las capas calizas, y segun la naturaleza de estas capas, se dividen en mármoles primitivos ó secundarios.

Los mármoles primitivos no contienen conchas ni producciones marítimas; son, por lo regular, de un solo color, y todas sus partes son manifiestamente granudas y cristalizadas. Los mármoles secundarios pertenecen á los terrenos de transicion. Sus colores son muy diversos y provienen de los óxidos de hierro diversamente modificados; la ausencia de estos óxidos colocaria á los mármoles en el número de las piedras calizas ordinarias. Cuatro métodos principales se han inventado para clasificar los mármoles, á saber:

1.º El método histórico y geográfico, que los divide en antiguos y modernos, segun el uso que se ha hecho ó hace de ellos.

2.º El método seguido segun la estructura y composicion de los mármoles.

3.º El fundado en la variedad y disposicion más ó ménos simétrica de los colores. Éste, á pesar de ser el más malo de todos, ha sido adoptado mucho tiempo por los naturalistas.

4.º El método geológico, generalmente admitido en el dia, y el único cuyos resultados sean verdaderamente racionales.

Sin averiguar ahora el mérito de estos diferentes métodos, vamos á indicar cuáles son los mármoles más célebres.

Todos los autores hablan del mármol de Páros. Es un mármol blanco-gris con granos gruesos y confusos. Los escultores griegos se servian mucho de él, y aún se conservan muchas estatuas, como la Vénus de Médicis, Diana cazadora, Vénus en el baño, Ariadna, Juno, etc. Despues del mármol de Páros viene el mármol griego de Luni, del que está hecho el Apolo del Belvedere; el pentélico blanco, del que está hecho el Baco descansando; el numídico, el cipolino y el semesanto, el más raro de los mármoles antiguos que han llegado á nuestros dias.

Los mármoles modernos son muy numerosos. Los más célebres de Italia son el blanco ó verde de Sicilia, el amarillo de Sienna, el rojo de Verona y el blanco de Carrara, y el verde mar, que es una variedad; to-

dos estos mármoles se emplean en las artes.

La Francia, aunque no es tan rica como Italia, posee, sin embargo, muchas canteras de mármoles buscadas por los artistas. Las principales son la de los Pirineos, Languedoc, La-Griote, que es rojo oscuro sembrado de espirales negras, con el centro blanco. Los del departamento del Var, Moulins y Bourbonnais.

El mármol más usado de Bélgica es el madreporico, de color gris. Los mármoles negros de Namur sirven para los monumentos fúnebres, y los de Flándes son buscados en el comercio, porque sus vetas blancas, circuidas de gris, campean admirablemente sobre fondo rojo.

En Alemania las canteras del Tirolo son verdes y serpentinosas. Las de Bohemia, generalmente amarillas. El mármol de Ratisbona, blanco casi puro; y el de Hesse, color de caña, con herborizaciones más ó ménos curiosas. Los mármoles suizos no ofrecen nada de particular.

De los montes Urales de Siberia se sacan con abundancia mármoles de diversos colores. Los más bonitos se llevan á San Petersburgo para los edificios, y los restantes sirven para hacer cal.

Los principales mármoles de Inglaterra y de Escocia son verdes, blancos y color de rosa, más ó ménos salpicados de manchas y vetas de colores.

Nuestra España es tal vez el país

más rico en mármoles de colores, y el que quiera convencerse de ello no tiene más que examinar la colección de muestras situadas sobre la mesilla de los estantes del Gabinete de Historia Natural. En el reino de Granada hay una montaña de una legua de largo y considerable altura, toda de una pieza de mármol. En Nájera hay á flor de tierra mármol rojo, adornado de capilares negras del más hermoso efecto. Los mármoles más célebres de España son los de Córdoba, Badajoz, Sevilla, Toledo, Moron, Elvira, Tortosa, Murviedro, Antequera y Santiago. Los mármoles de Molina en nada ceden á los de Carrara por su color de carne variado de blanco. Los de Guipúzcoa pueden competir con el serrancolin de los Pirineos.

Los mármoles más célebres de Portugal son los de Cintra, Villaviciosa y Troncas.

En África y en Asia hay probablemente tantos mármoles como en Europa; pero los pocos recursos que esta parte del mundo ofrece á los viajeros científicos, hace que las canteras no hayan sido explotadas.

América tiene también mármoles en abundancia, y en la Pensilvania y Virginia los hay más ó ménos variados, pero en lo general ninguno puede competir con los de Europa, excepto el mármol blanco estatuario de Chile, que encontró el célebre viajero M. Humboldt.



LAS CUATRO VIRTUDES.

Nunca se os podrá recomendar bastante, niños míos, la virtud que enseña á discernir entre lo bueno y lo malo, para seguir lo primero y evitar lo segundo. La Prudencia, necesaria al hombre honrado en todas sus edades, lo es mucho más aún durante los primeros años, en que la reflexión es muy escasa y el caudal de la experiencia muy corto. El niño atolondrado, por muy bueno que sea su corazón, nunca podrá ser apreciado por el mundo si le falta virtud tan esencial. Para suplirla, debe escuchar atentamente á sus mayores; reflexionar acerca de sus propósitos; preguntarse una y cien veces si lo que él juzga bueno á primera vista podrá serlo ó no; consultar á sus padres y maestros, y no abrigar nunca la necia pretension de juzgar que una cosa es buena porque á él se lo parezca. El niño, que ve abierto á sus miradas el camino de la vida, no debe aventurarse en él sin muchas precauciones si ha de evitar tropiezos que pudieran serle muy dolorosos. Debe sobre todo y ante todo hacer abstraccion de sus propios pensamientos cuando se opongan á los paternales preceptos, porque un padre no puede engañarles nunca. Si le han prohibido tocar determinados objetos, concurrir á ciertos sitios ó evitar algunas compañías, deben obedecer ciegamente, porque en aquellos objetos, en aquellos sitios

ó en aquellas personas existe un peligro indudable para su salud, su inocencia ó su felicidad. Ellos no lo ven, no pueden verlo; pero en sus padres ó encargados está advertirles prudentemente su existencia.

Tal vez se os diga que el menor detalle puede echar por tierra todos los cálculos de la prudencia, y es muy cierto; pero esta misma circunstancia hace el mayor elogio de la virtud; pues si á pesar de toda la prudencia ocurren semejantes fracasos, mucho mayores y en número más considerable serán los que ocurran al imprudente.

La prudencia es una prevision razonada, y, como dice Fenelon, consiste principalmente en hablar poco y desconfiar de uno mismo más que de los otros. Segun la moral cristiana, la prudencia es una de las virtudes que rigen la conducta humana. Sócrates dice que sin prudencia no hay completa virtud; y todas las escuelas filosóficas de la antigüedad reconocen y proclaman su importancia, representándola simbólicamente con diferentes atributos. Jesucristo nos hace comprender y amar tan preciosa virtud, á la que concede con la astucia de la serpiente la bondad de la paloma.

No ménos digna de respeto que esta virtud y de mayor aplicacion en la vida es la Justicia, virtud moral que

nos enseña á respetar lo mismo los derechos que los bienes ajenos. Para hacer resaltar la necesidad de la justicia, nada es tan elocuente como el temor de que lleguemos á vernos privados de ella; para el ejercicio de esta virtud son casi tan necesarios como ella la dulzura, los miramientos y la condescendencia. La justicia es madre de la paz pública y del orden privado; enalteciendo tanto á la criatura, que ésta se aproxima á su perfeccion cuando hace justicia á los mismos que se la niegan.

Que la idea de la justicia no se aparte nunca de vuestra mente; que presida todas vuestras acciones; que os acompañe de continuo y seréis queridos y respetados por todos vuestros semejantes. Ligada esta virtud íntimamente con la prudencia, apénas se concibe sin ella; pero la nocion de lo justo y de lo injusto es mucho más fácil de lograr con sólo recordar la cristiana máxima de que no debemos hacer al prójimo lo que no quisiéramos que se hiciese con nosotros mismos. El observar ciegamente la justicia es un deber; el padecer persecucion por ella una bienaventuranza. La mitología pagana la hizo hija de Júpiter, en cuyos consejos tomaba parte, y en nuestra misma religion se la representa simbólicamente en figura de una mujer bellísima con una corona de oro, sobre la que se ve una paloma blanca, y que tiene en la mano derecha una espada con la punta baja y en la izquierda una balanza.

La Fortaleza, tercera de las virtu-

des cardinales, consiste en vencer el temor y huir de la temeridad; condiciones difíciles de llenar, pero sin las cuales el valor se puede convertir en un crimen. La fortaleza debe enseñarnos á evitar el inútil peligro tanto como á arrostrar el necesario; á no abatirnos por la desgracia ni enorgullecernos por la fortuna; á refrenar nuestras pasiones; la fortaleza, en una palabra, puede ser el valor de los débiles, el consuelo de los oprimidos y la salvacion de los desgraciados. La fortaleza es siempre tranquila y demuestra la nobleza de un alma y el temple de un carácter. El hombre verdaderamente fuerte perdona las injurias que recibe en lugar de vengarlas; se siente inclinado al bien, desdeña la violencia y ama la justicia. La fortaleza no puede aplicarse á fines indignos de ella, y como todas las demas virtudes, debe acompañarnos durante la vida y no abandonarnos en la hora de la muerte. Algunas preocupaciones muy arraigadas confunden la fortaleza con la fuerza brutal; pero los libros sagrados nos demuestran que la verdadera fortaleza estriba en vencer las propias pasiones y favorecer á nuestros mismos enemigos.

La niñez, caprichosa por punto general, y prevalida casi siempre de la maternal debilidad, debe cultivar con gran esmero esta virtud y acostumbrarse á vencerse, pues el niño que logra en sus primeros años todos sus caprichos, llega á ser esclavo más tarde de todas las pasiones.

Poseyendo la virtud de la fortaleza

za, se consigue muy fácilmente la de la Templanza, que regula y modera nuestras pasiones y deseos, libertándonos de la tiranía de la sensualidad.

La templanza nos impone también el uso moderado de los alimentos, y especialmente de las bebidas, con lo cual al propio tiempo que evita al alma la mancha del pecado, se conserva la salud del cuerpo y se prolonga la vida. En algunos países la legislación ha pretendido cortar el abuso hecho por los ciudadanos de las

bebidas; en otros se han establecido sociedades para lograr el mismo objeto; pero nada puede ser tan eficaz como el temor del pecado y el deseo de la virtud.

Si no os es dado poseer todas las virtudes, teneis el deber de aspirar á conseguirlo, y para ello debeis, queridos niños, encaminar vuestros pensamientos y regir vuestras acciones por la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza.

M. OSSORIO Y BERNARD.



ESCENAS INFANTILES.



Esta niña es hermana del niño atrevido y goloso, de quien hablamos en este mismo número; pero así como el niño demuestra afición á feos vicios, la niña promete ser modelo de virtudes. Véanla ustedes empeñada en socorrer á una pobre niña de su misma edad. No tiene dinero, ni en su casa hay cosa que sea suya, excepto la muñeca, y la muñeca ofrece á la pobrecita niña bien que no sea la muñeca lo que á ésta le hace más falta.

De todos modos, Juanita, que así se llama la niña caritativa, muestra tener muy nobles y bellos sentimientos, y así es tan querida de sus papás y de cuantas personas la conocen.

